

# PARA ANTONIO EL BUENO

Antonio Pereira. Poeta y narrador, Premio Torrente Ballester

"Cuando amo a una ciudad compro periódicos como el enamorado pide rosas", estos versos los escribí hace un cuarto de siglo y hélos, hélos por do vienen a representarse en mi memoria. Me gustaría estar en La Bañeza ese día ya próximo en que saldrá El Adelanto Bañezano con palabras de admiración a Antonio Colinas, y comprarme mi ejemplar, y disfrutar con vanidad perdonable al ver otra vez mi nombre en letras de imprenta. Una vez más. Porque uno ha salido ya en el ABC y en el *Osservatore Romano*; que es mucho salir, pero uno no se acostumbra, y además:

Que yo recuerde, y habiendo firmado en grandes y pequeños, pero siempre ilustres periódicos leoneses, nunca me había ocurrido tal ventura, que yo recuerde, en El Adelanto. y qué honor. Páginas donde Colinas saludó la aparición de libros míos, donde muchas veces he visto los nombres de Nicolás Benavides Moro o de Conrado Blanco, de tantos amigos de lealtad probada.

Un día de la década de los sesenta, en un salón de la Diputación Provincial, por primera vez tuve en mis manos la escritura de Antonio Colinas y en los oídos -aunque nadie los pronunciara en voz alta- el metal de sus poemas "de la tierra y la sangre". Voté a favor de aquella dicción hasta entonces desconocida. Me correspondió telefonar a La Bañeza, y una voz de mujer -evidentemente, una voz de madre-, entre temerosa y halagada, me dijo que el chico había salido a escuchar el concierto de la banda municipal. "Pues ya puede usted estar contenta, señora, que le ha nacido un hijo poeta, y de muchos quilates." Lo he contado en otros espacios, precisamente en estos momentos, cuando se levanta el coro unánime de las felicitaciones al poeta cincuentenario.

Desde entonces, Antonio y yo nos hemos visto muchas veces: En León, diciendo versos en amor y compañía. En mi Villafranca, comiendo y bebiendo --con mesura, ¡bueno es él para no cuidarse!-, de jurados en Soria, en Madrid de invitados en los regios alcázares estrechando la mano al rey. y, por supuesto, en Palacios de la Valduerna, con vencejos o sin vencejos. Pero, sobre todo, recuerdo el viaje a la

ciudad del Órbigo cuando el nombre de Antonio Colinas se levantó entre aplausos para ennoblecer una de las plazas. De aquel evento me quedó una envidia, o mejor diré dos envidias. Una, la delicia de María José, en el teatro de La Bañeza, aplaudiendo con vehemencia a su marido. (Creo que mi mujer habla bien de mis versos y mis prosas, pero sólo cuando yo no estoy delante...) La otra, que me vino entonces al pensamiento, fue que también a mí me gustaría tener en mi pueblo una plaza y que al acto de descubrir la lápida fuésemos con música y marchando airoso, como ocurrió en aquel homenaje al autor de *Sepulcro en Tarquinia* y tantas bellezas.

A mí no me pusieron una plaza -no se puede tener todo en la vida-, pero sí una calle bastante maja y soleada. Y allí, una vez más me acordé del amigo y casi hermano Antonio Colinas, Antonio el Bueno, porque hubo música y hasta tocaron la Marcha Real.